

WHIST!

Está usted a punto de empezar... Una novela transgeneracional cuyo autor entiende tan bien la pleamar de la edad madura como las tempestades -y marejadas- veintegenarias. Una reescritura del mito de Lolita, protagonizada por “un tipo de mujer que no existió en el siglo XX”. Un minucioso retrato de la estética matrimonial. Un juego que, empezado en la adolescencia, se prolonga, allende los tableros y más allá de las edades, y absorbe la realidad entera. Una galería de personajes explicados en relación con la música, la fotografía y el cine como elementos de caracterización propios de nuestra época. Una composición de lugar (la ciudad de Figueres), de época (la vida desde los inicios de la democracia) y de carácter (los desvelos y secretos de un fotógrafo). La historia de una boda que le hará preguntarse si está leyendo una sátira comiquera o un dramón de aúpa. Una intelectual en el cuerpo de una *flapper* y un *hikkimori* en el garaje familiar. Y una descripción de una bota de cuero que, por sí sola, ya vale todo un libro. Bienvenido al juego.

De la vida circular. Vicenç Pagès Jordà se dio a conocer a principios de los años noventa con un volumen de narrativa breve, *Cercles d'infinites combinacions*, que revelaba a un autor muy dueño de un amplio repertorio creativo. Se trataba de una compilación a la vez muy *posmo* y muy original, que se integraba en la fecunda tradición del relato innovador catalán, trazando, a su vez, sólidos vínculos con los grandes renovadores del género en literatura mexicana (Arreola) y norteamericana (Coover). Esta opera prima estaba organizada a partir de un motivo que, en sus nueve libros posteriores, va reapareciendo en distintas formas, convirtiéndose en el principio formal que articula su literatura: el haz de círculos. Círculo como modo de construcción del texto y como estrategia narrativa; como imagen de la indagación y la

pesquisa. En el relato que da título a ese volumen el redondel es hermenéutico: un personaje se obsesiona con las frases-ejemplo del *Diccionari Pompeu Fabra*, convencido de que la combinación de todas ellas conforma un mensaje ominoso y secreto. El texto recogía así el espíritu lúdico del momento, a la vez que bromeaba, en los tiempos de la *normalització*, sobre los usos de una cultura que, como señaló Màrius Serra, está dominada por la pasión por la lengua, a tal extremo que es capaz de convertir un diccionario etimológico en best-seller. Pero el círculo no es sólo una figura del intelecto, sino también de la moral. Así, en otro cuento escrito con posterioridad, encontramos la pormenorizada descripción de un ombligo -dos páginas- contemplado, con todo detalle, en el espejo, por su propietario, logrando así una certera descripción psicológica por medio de la imagen corporal. ¿Es preciso añadir que el replegado ombligo pertenece a un poeta?

La constelación de fotologs. El círculo, pues, aparece, en los primeros tramos de su obra, como figura intelectual, mientras que en tiempos más recientes se torna una imagen cotidiana, de un verismo mordaz. Así se hace patente toda una transformación, que no es exclusiva del autor que nos ocupa ni de la literatura que lo acoge. Ese cambio puede describirse como el paso desde las estéticas experimentales que dominaron cierta literatura del cambio de siglo hasta una perspectiva más intimista, algo más cercana a los presupuestos del realismo, si bien informada e influenciada por todas las renovaciones que ese género ha experimentado. Este proceso culmina en la novela que el lector tiene en sus manos, y cuya estructura es también anillar. Hay aquí una órbita de sucesos a la vez misteriosos y cotidianos: la pregunta por un hecho traumático acaecido en el verano de 1977; los viajes concéntricos que realiza el narrador en torno a su ciudad; los anillos de fotologs que, espiados en la noche internauta, le llevan de vuelta al mundo perdido de la adolescencia. En última instancia, los círculos del Purgatorio. En efecto, la colorida rutina de Figueras, que recorre estas páginas, es purgatorial, en dos sentidos: es descrita a partir de una rica “paleta de grises”, con un retrato amplio y vívido de las incidencias

diarias; pero también, en su repetición y su insistencia -en el moroso retrato de una personalidad obsesiva y conmovedora- tiene la marca inequívoca de la comicidad. Y cuando digo "comicidad" no quiero decir "ironista compasivo"; quiero decir DE RISA. Mucha y con mordiente.

Nos veremos en el *revival*. Otro de los bucles narrativos que ocurren en esta novela tiene que ver con la música. Dos personas, a tres décadas de distancia, logran conectar porque el ciclo de la moda las hace coincidir en el *revival* de las canciones. A lo largo de la narración se expone una precisa tipología de los personajes a partir de la relación con los discos: una mujer que sigue anclada en sus grupos predilectos de antaño, bien lejos de la actualidad y sus demandas; un hombre que mantiene una actitud ambivalente, entre defensiva y sentimental, con las tonadas que se dejan oír en la radio; una joven que cuando empecé a escribir esta frase era popera y ahora va siendo *emo*, o quizá otra cosa... A su vez, la narración encuentra epifanías rigurosamente contemporáneas, como la importancia del instante en que los dos miembros de una pareja unen sus respectivas discografías en un único catálogo. La música constituye, en efecto, el punto de encuentro de dos grupos de personajes, cada cual con su cruz, cada cual con su estética: por arriba, el arte menor del matrimonio, ese "castillo de mondadientes", repleto de "roña lírica", con el bodorrio como apoteosis del mal gusto de la clase media; por abajo, el pasar de las modas que nos pasan, con el baile de San Vito de las tendencias y el exhibicionismo digital como grado cero de la identidad. En la relación que establecen los personajes con la creatividad está otra de las claves de esta historia: personas que de jóvenes son medio artistas y de adultas se convierten en mediadoras, viviendo a través de las nóminas y antologías privadas del paisaje audiovisual.

Ya no se puede ni tener prejuicios. En la producción de Pagès Jordà el desarrollo de este original estilo puede retrotraerse a otro de sus más celebrados relatos, titulado "Biografía d'Àngel Mauri". Esta semblanza

explicaba, año por año, el discurrir de una existencia a partir de los referentes culturales o subculturales que dominaban cada uno de sus estadios -y se convertiría en el germen de *La dicha no es completa*, su única novela traducida hasta hoy. ¡Alto! -dirán algunos. ¿Un autor que escribe una novela con personajes veinte años menores que viven en la actualidad? ¡El cielo nos asista! Es bien sabido que esos proyectos temerarios suelen dar lugar a narraciones involuntariamente cómicas, donde se atribuyen a los jóvenes gustos, usos y palabros que no les corresponden, y se los retrata manteniendo “conversaciones rabiosamente modernas” imaginadas por un concejal, dando lugar a textos que suscitan -parafraseando un párrafo de nuestro autor-, gran exasperación y gran vergüenza ajena. Pero también en este aspecto *Los jugadores de whist* desmiente los prejuicios y prevenciones. Lo logra, en buena medida, por medio de un trabajo concienzudo sobre el registro verbal y emocional que corresponde a cada perfil, a cada diálogo. Pero también, y de manera muy notoria, por desarrollar un modo descriptivo coherente: el uso de las referencias no ya como un atavío o una decoración ocasional, sino como la sustancia del personaje. Un modo de descripción que, si no es exclusivo de la obra de nuestro autor -se encuentra también en la de otros creadores catalanes contemporáneos, como los vídeos de Carles Congost o las novelas de Lluçia Ramis-, se convierte, en esta historia, en un método compositivo panorámico, quizá el único que permite cubrir un arco cronológico de cuarenta años de manera verosímil, aguda y detallista.

La familia nuclear. Desde el punto de vista de la teoría del personaje literario, *Los jugadores de whist* es un ejemplo rotundo de caracterización progresiva, en que las dos figuras principales van ganando cuerpo y matiz de manera pausada pero segura, a la vez que a su alrededor cunde una algarabía de figurantes, cada cual con su trazo singular. Así como el talludito Jordi entabla un peculiar *rapport* con esa supernova que atiende por Halley, también la narración abre un espacio insólito entre los recursos propios de una novela sobre la edad madura y la descripción de lo que Don Witoldo llamaba *los*

tiempos de la inmadurez. Hasta hace bien poco la caracterización de personaje a través de los referentes audiovisuales se había usado, mayormente, para hablar de tribus urbanas, de subculturas, de figuras que representan, por alegoría, un sector de la escena moderna. Pero he aquí que en las páginas que siguen se utilizan para retratar a individuos que, si a primera vista parecen corrientes, tienen un rasgo de personalidad que sólo puede ser explicado a partir de la relación que establecen con el material cultural. De este modo, la novela identifica a una tribu que había pasado desapercibida a muchos sociólogos, por la misma razón por la que los especialistas en sectas suelen perder de vista que también ellos son sectarios. Se trata de una tribu particularmente nociva, dotada de una sensibilidad discutible y de una economía moral más que sospechosa: la familia nuclear de clase media. Este aspecto puede comprobarse en otro de los *hits* cómicos del libro, la descripción del castillo local. Esta escena cumple la misma función que realiza, en las novelas sobre subculturas, el episodio de la visita a las ruinas o lugares tradicionales: el choque del presente con un acervo tradicional perdido.

Pero, ¿qué edad tiene este autor? Esta es, entre otras muchas cosas, una novela que redefine los presupuestos sobre lo que un escritor debe o puede hacer en función de la franja de edad que le corresponde. Pues al asumir esa forma de descripción basada en los archivos más o menos efímeros Pagès Jordà entra decididamente en el terreno de otros autores de las hornadas posteriores, nacidos en los años setenta y ochenta. Y no entra con visado de turista, sino que lo hace suyo, tratándolo con una atención y una exhaustividad sorprendentes. No es esta lo que los periodistas literarios llaman *una novela joven*, pero sí contiene, junto con sus otros ingredientes, todo aquello que cabe pedir a ese género: el esbozo de una figura a la vez generacional y única, la renovación del costumbrismo en internet 2.0, un *casting* informado y certero de los nombres e iconos que configuran el espíritu de la época. Así como Nick Currie demostró que es posible componer una canción *grunge* sin ser cenizo, adicto al litio y de Seattle, Pagès Jordà pone de manifiesto que la descripción

de los usos y costumbres de la última generación no es coto vedado de la misma y tampoco es una expresión irreductible de la experiencia, sino que es, precisamente, un género que puede ser aprendido y manipulado a voluntad. Es hora, pues, de averiguar a qué se juega en la cancha sin límites del whist.

Eloy Fernández Porta